

e. haro tecglen



Primera página del «New York Times» del 15 de junio, en la que puede leerse el titular: «Mitchell intenta detener la serie sobre el Vietnam, pero "Times" rehúsa».

«New York Times» a publicar los documentos referentes a Indochina: «Una prensa agresiva, una prensa obstinada, una prensa ambigua, debe ser sufrienda por aquellos que desempeñan la autoridad para preservar los valores superiores de la libertad de expresión».

ES una concepción del mundo. No cabe duda de que hay puntos de vista y que puede emitirse una opinión absolutamente contraria. Por ejemplo ésta: «No se puede dejar la prensa en manos inadecuadas». Es otra concepción del mundo. Pertenece a Lenin. («De la misma manera que el Ejército no puede combatir sin armas, el partido no puede llevar a cabo su misión ideológica sin ese arma poderosa y eficiente, la prensa... No podemos dejar la prensa en manos inadecuadas...») El problema no está ahora en discutir esos dos términos contrapuestos, sino en señalar que el juez Gurfein, equivocado o acertado, está emitiendo una cuestión medular de los Estados Unidos, de su doctrina escrita, de su declaración de independencia, de su Constitución, que eso, a su vez, lo había heredado de Inglaterra y de Francia, y que en un mundo occidental u occidentalizado impera generalmente esta idea —sea cual sea su última realidad en la práctica—, de forma que cualquier violación visible de esta tradición pone en peligro precisamente la imagen que se trata de salvaguardar censurando mezquinamente.

EL tema es, desgraciadamente, eterno. Mérito denunció a Sócrates por «atacar la religión del Estado y corromper a la juventud». Ocurrió hace dos mil quinientos años y el desprestigio para el Gobierno ejecutante no ha cesado todavía. Séneca fue ejecutado hace dos mil años, y la maldición sobre el nombre de Nerón no ha cesado nunca. La última frase del libro de Soljenitsin es ésta: «La injusticia no nació con nosotros, no morirá tampoco con nosotros...».

La Capilla siXtina

YA SABEN DONDE ME TIENEN

Algo está pasando.

Cuando el calor se nos echa encima y no hay ganas para nada, se suceden las apariciones y reapariciones políticas de personajes más o menos «outsiders». Así, el señor Tarragona vuelve a la brecha. No acierto a adivinar qué ingredientes del potaje han cambiado desde que dimitió como procurador hasta la fecha.

Pero algo le ha debido convencer de que el país necesitaba su reaparición.

El señor Serrano Súñer también ha dicho esta boca es mía. Es una resurrección de postín, casi de segunda parte de novela de Alejandro Dumas. El ex cardenal Richelieu del Régimen parece pretender, al menos, una segunda vida política. Con setenta años muy bien conservados y en la coyuntura actual del país es imprevisible todavía saber si Serrano Súñer basaría su relajamiento en las fotografías que comparte con Hitler o en la correspondencia que comparte con Churchill. Hace un año la primera opción era inviable, pero los aires «camp» que respira cierta política española replantean los años de los zapatos topolino, el peinado «Arriba España» y la revista Signal.

Finalmente, más que reaparición, hay que hablar del nacimiento político del marqués de Villaverde. El ilustre cirujano se hizo venir bien la cosa para pasar de la cirugía cardio-vascular a la cirugía plástico-política. «Si alguna vez el país me necesita, ya sabe dónde me tiene».

No acierto a ver los méritos políticos que puede presentar el marqués de Villaverde para conducir, o ayudar a conducir, los destinos de la Patria. El ejemplo inmediatamente anterior de médico metido a político es el del doctor Negrín, y no creo que el gusanillo político le venga al señor Martínez-Bordiu del doctor Negrín. La Medicina es una experiencia humana muy completa, y más que ninguna la medicina del corazón. El señor Martínez-Bordiu ha visto muchos corazones del país en el sentido más riguroso de esta expresión, y él como nadie podría dirigirse a las multitudes diciendo aquello de: «Yo interpreto el sentir de vuestros corazones».

Claro que la política es una técnica, pero eso se aprende.

Como también se aprende la economía, la logística y el protocolo. El doctor Martínez-Bordiu ya sabe inglés y todo eso tiene ganado.

Me he sentido avergonzado ante el altruismo político de estos hombres. Me he mirado en el espejo y me he dicho: «Sisto, eres un egoísta. El señor Tarragona abandona sus lucrativos negocios, la paz del hogar, incluso su tierra si es necesario cuando el país le llama. El señor Serrano Súñer abandona su ambiente, enigmático retiro político, su saneado bufete, su tranquilidad de «outsider» en cuanto escucha la llamada del país. Y el marqués de Villaverde abandona la seguridad de un prestigio científico sin fronteras, una vida consagrada a la cirugía, sin más distracción que algún safari y el esquí acuático. Lo abandonaría todo si el país le llamara.

¿Y tú? Tú, sí, a ti te hablo, Sixto Cámara. ¿Qué estás dispuesto a hacer?

Hombre, pues yo estaría dispuesto a no volver a escribir doscientas holandesas mensuales, como ahora, si el país me llama. Si el país me llama estoy dispuesto a no complacerme nunca más en el suspense semanal de las reacciones por lo que público. Si el país me llama estaría dispuesto a renunciar al pincho de tortilla de patatas que cada mañana me tomo en la calle Galleo y al pimiento relleno que a veces cenó en la calle Echeagaray.

Y la verdad sea dicha, me he quedado bastante contento de mí mismo. He comprendido que era capaz de renunciar a casi todo lo que soy y tengo si el país me llama.

Por lo tanto me he sentado en casa durante una semana pendiente del teléfono, de la correspondencia, de una simple llamada a la puerta, por si el país me llama. Y nada.

Estoy algo desesperado. ¿Cómo lo han hecho los otros? ¿Cómo se han enterado los señores Tarragona, Serrano Súñer o Martínez-Bordiu de que el país les necesitaba o podía necesitarlos?

Es un enigma que excede a mi capacidad de comprensión. Pero por mí no quedará.

El país ya sabe dónde me tiene.

SIXTO CAMARA